

La poesía de José Kozer: del cacharro doméstico a la Vía Láctea¹

Cruza el cielo un ibis inalterable
J. Kozer, “Regresos”

qué / más quisiera uno que no haber sido ibis migratorio
J. Kozer, “Gaudeamus”

La poesía de José Kozer, de escasa difusión en Cuba², es, paradójicamente, una de las más significativas del imaginario poético insular. Si Cintio Vitier ha afirmado que “todo hombre es un *esencial emigrado*”³, en Kozer esta característica ontológica parece acentuarse por los avatares históricos y familiares que confluyen en él. “Soy Ulises y soy nadie”, declaró el poeta en una entrevista⁴. Nacido en La Habana en 1940, hijo de judíos checos (por parte de madre) y polacos (por parte de padre), en 1960, junto a su

¹ Se ha utilizado en el título una frase del ensayo de Fina García Marruz, “Hablar de la poesía”.

² En Cuba se ha publicado una breve selección de poemas de José Kozer en la editorial Vigía de Matanzas, pero por las características manufacturadas de estas ediciones son de poca circulación en el país. La primera muestra de la poesía de J. K. en Cuba, “Colmos”, junto a un comentario biográfico-crítico de Jorge Luis Arcos, “José Kozer: ¿un ser hipotético?”, se publicó en la revista *Unión*. La Habana, año VII (19): 33-41, abr.-jun., 1995. Al año siguiente, en *La Gaceta de Cuba*, se publicó una importante entrevista de José Homero a J. K., titulada “Soy Ulises y soy nadie”, acompañada de tres poemas suyos y un breve comentario de J. L. A. Un poema fue incluido en el dossier de poesía de la diáspora, “El discurso de la nostalgia”, preparado por Ambrosio Fonet y publicado en *La Gaceta de Cuba*. La Habana, (5), 1995. En 1999 se publicaron tres prosas suyas, con el título “Autobiografías”, en *Unión*. La Habana, año X (34): 40-41. Poemas suyos han sido antologados por J. L. A. en *La isla poética* (Antología de poetas cubanos nacidos a partir de 1940). La Habana, Ediciones Unión, 1998 y en *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana del siglo XX*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999. Muchos textos suyos, copias mecanografiadas de poemas, y libros (enviados a) o traídos por Víctor Fowler (quien publicó un grupo de poemas, acompañados de una nota crítica sobre su poesía en *La revista del Vigía* en Matanzas), Margarita Mateo, Reina María Rodríguez, Antonio José Ponte y J. L. A. han circulado entre amigos y poetas cubanos. En realidad, creo que será a partir de *Las palabras son islas* y de esta antología que la poesía de J. K. ocupará el lugar que se merece dentro de la poesía cubana. Para edición, el autor cotejó con la editora todos los textos y fijó sus versiones definitivas, por lo que realizó cambios, algunos sustanciales, en muchos poemas, y sugirió agregar otros que nos estaban incluidos en la primera versión de esta antología.

³ Cintio Vitier. *Lo cubano en la poesía*. La Habana, Letras Cubanas, 1970, p. 206.

⁴ José Kozer, en José Homero. “Soy Ulises y soy nadie. Entrevista a José Kozer”. *La Gaceta de Cuba*. La Habana, (2), mar.-abr., 1996.

familia, prolonga la diáspora ancestral y familiar y se radica en Nueva York, donde vivió hasta 1997, año en que se traslada a Torrox, Málaga, en Andalucía (lugar que ya alternaba desde 1972 con su estancia newyorkina); finalmente, desde 1999, vive en Miami. El mismo ha confesado cómo eligió el castellano como su lengua literaria, y desde 1965 impartió clases de literatura española en Queens College, de Nueva York. Aunque, como se aprecia en su poesía, la ascendencia cubana es esencial en su cosmovisión poética –pero esencial como lo es un paraíso perdido: perdido para el futuro, pero ganado para la memoria y la imaginación creadora y recreadora del poeta-, el poeta ha hecho de su lengua su verdadera patria: poeta “sin nación”⁵, dice, y también: “Suplantó / el error de la insularidad con la variable opulencia del lenguaje”⁶, pero en otra ocasión expresa muy significativamente: “Calma, verás que existen las palabras, no todo está perdido”⁷. La crítica Aida L. Heredia afirma en su libro *La poesía de José Kozer. De la recta a las cajas chinas*, que: “la poesía se convierte para Kozer en su lengua materna, en su patria”⁸

Es muy interesante reparar en la ausencia del paisaje citadino norteamericano en su poesía. No así el de su infancia y adolescencia en el ámbito urbano del barrio de La Víbora y Santos Suárez en La Habana. Su poesía se nutre fundamentalmente de la naturaleza, de su memoria familiar, de su entorno hogareño y de sí misma⁹. En este sentido el poeta funde un substrato de cultura judía con su infancia y adolescencia cubanas, con su condición posterior de emigrante en el contexto, por cierto, multicultural y multiétnico norteamericano, con sus fugas hacia el budismo zen y la

⁵José Kozer, “Gaudeamus”

⁶ José Kozer, “Epitafio”.

⁷ José Kozer, “Preámbulos”

⁸ Aida L Heredia. *La poesía de José Kozer. De la recta a las cajas chinas*. Madrid, Verbum, 1994, p. 13.

⁹ Algunas de estas temáticas son ampliamente analizadas en el excelente libro de Aida L. Heredia, *La poesía de José Kozer. De la recta a las cajas chinas*. Madrid, Ed. Verbum, 1994.

poesía asiática, secretando un intenso mestizaje cultural –“(me privan) los mestizajes”¹⁰, dice en un verso. Diríase que a fuerza de mantenerse en la periferia de la modernidad, su poesía puede ofrecer la impresión de instalarse a gusto en el llamado *postmodernism*, lo cual no es del todo exacto. Lo que sí parece anticipar es la condición contemporánea del hombre como un ser transterrado –“soy un ser hipotético”¹¹, afirmó también el poeta. Creo que esa es la singularidad de su poesía, la que le confiere su riqueza y su complejidad. Sólo que esa confluencia de diversas culturas en un territorio abierto, ubicuo, itinerante se expresan en un idioma: el castellano, o, podría tal vez decirse, en el habla poética kozeriana, la cual, desde su irreductible singularidad, parece transfigurarse para expresar simultáneamente un sin fin de registros sensoriales (olfativos, táctiles, gustativos, visuales, auditivos). Escribe el poeta: “Mi idioma / natural y materno / es el enrevesado, / le sigue el castellano / muy de cerca, un cienpiés / (el inglés) / y luego, ya veremos: / mientras, urdo (que no / Urdu) aspiro / a un idioma / tercero...”¹².

En su poesía –como en la de Lezama, por ejemplo- el lenguaje quiere potenciar los sentidos al uso como reclamando unos hipotéticos pero esenciales sentidos perdidos (o futuros). Efecto engañosamente barroco, que ha conducido a calificar de neobarroca su poesía. El castellano de su habla poética es más bien intemporal. Asimila la tradición lírica de la lengua y la pone a funcionar en un contexto lingüístico donde el arcaísmo y el modismo, donde diversas variantes del castellano peninsular y americano funcionan en un mismo plano jerárquico. Más que una babel, un caos de hablas diversas pero contiguas, su poesía parece apetecer un habla poética universal y a la vez particular: kozeriana, decía, como sucede de otro modo en Gabriela Mistral o en César Vallejo. No

¹⁰ José Kozer, “Gaudemus”.

¹¹ José Kozer, en José Homero. “Soy Ulises y soy nadie...”. En *Ob. Cit.*

¹² José Kozer, “Babel”.

es sólo el tono –como puede reconocerse, por ejemplo, un tono borgeano, nerudiano o lezamiano-, es más: una suerte de protolenguaje, donde el mismo tono cambia constantemente de un registro a otro. Como escribe el poeta: “Su ambición es una: todo el vocabulario”¹³. Afán, en el fondo, trascendente, suerte de verbo encarnado, proyección adánica de nombrar las cosas, y más: de dar testimonio. Sólo que su lenguaje parece querer eludir el dualismo derivado de la expulsión del paraíso (reiterado en su vida tanto con la pérdida física de su patria de origen, como en la de sus padres); su lenguaje, pues, parece desenvolverse en un ámbito anterior a la conciencia del pecado. De ahí que su testimonio poético, tan procaz a veces, en el fondo espiritualiza el lenguaje, lo limpia de connotaciones peyorativas. A propósito, ha expresado el poeta:

Un poema no es mi mejor momento, un poema no es matutino, luego de rasurarme y de ducharme; no estoy necesariamente limpio, joven, nuevo, renovado en un poema. Un poema me *capta* también ralo, alopécico, *pestoso* (como dicen los malagueños); un poema contiene el verbo devaluado, la ecología contaminada del cuerpo vertedero de desechos. Cuerpo y texto se juntan: y la reunión contiene virtud y vicio, pecado y salvación, degradación y altura. Cuerpo letal, texto que se sueña ideal. Y viceversa. ¿Cómo no escuchar los borborismos, cómo no acusar la presencia de ese fango participante, primordial? El artesano parte del estiércol, siempre tiene que quedarle algún rastro de porquería en las uñas. Ya Bajtín se insurgió contra esa idiota división categórica de la parte alta (aristocrática del cuerpo, la parte mejor y santificada, en contraste con la parte baja (de la cintura para abajo), pudenda, carnavalesca, vertical hacia lo subterráneo putrefacto. Somos materia viva, texto en estado de

¹³ José Kozer, “Noción de José Kozer”.

putrefacción y de irisación beatífica violencia y mansedumbre, vitriolo y virtud entremezclados, rizomatizados, mestizos.¹⁴

Sus poderosas sensoriedad y sensualidad se proyectan desde y hacia un hambre de totalidad, consecuentes con una cosmovisión *natural*, suerte de panteísmo contemporáneo, que tal vez evocan el contexto sagrado, confundido de los orígenes, o son como el anticipo de una futura reconciliación del hombre con la naturaleza. Pero este anhelo de inocencia expresa, sin embargo, su trágica conciencia de la existencia, por la mediación de la ironía. Es la ironía el recurso impuesto por la conciencia de la muerte, y por la conciencia de un mundo no precisamente acorde con su anhelo de trascendencia. Pero de la mano de la melancólica o risueña o astuta ironía suele aparecer el cariño, como una suerte de carnal apego a lo inmediato. Una y otra vez la muerte física (de sus padres o la certidumbre de la suya), y la muerte en vida: casi sinónimo de la Historia, introducen un elemento perturbador, fragmentador, desustanciador, en su aparentemente estático, intemporal, armónico orbe poético. Esa dialéctica de anhelo de trascendencia y certidumbre de la muerte, coexiste en su patria, su ciudad, su hogar, su paisaje, su cuerpo físicos y poéticos hasta alcanzar al poema mismo, es decir, a su lenguaje, que es, en última instancia, la expresión suprema de su singularidad, de su *persona*. En cierto sentido sus poemas son como la extensión de su persona, encarnan en su forma característica de percibir –y recrear– la realidad. Sus versos respiran, extienden un brazo, cierran una mano, caminan un rato, de pronto se detienen, piensan, duermen, sueñan, preguntan... Como una persona, son imprevisibles Su estilo es no

¹⁴ José Kozzer, en José Homero. “Soy Ulises y soy nadie...”. En *Ob. Cit.*

tener estilo. Son Kozer. Como la naturaleza. De ahí que un crítico haya llegado a hablar de la “sintaxis-Kozer”¹⁵; otro, del “Efecto Kozer”¹⁶ y otro de “El alfabeto Kozer”¹⁷.

Además de la denominación de neobarroca, la crítica ya ha señalado algunas de las características más acentuadas de su poesía: su extensión narrativa (o, más bien, sintagmática, diría yo, propia de la creación mitopoética); y el empleo esencial de la metonimia y de la sinécdoque particularmente, donde se puede apreciar su apertura o proyección anagógica: expresar no simplemente el todo por la parte, sino lo trascendente por lo intrascendente, lo espiritual por lo material, la esencia por la apariencia. Escribe Kozer:

No tengo sabor, me queda el sabor. El sabor a ti de un bolero, de una mesa compartida, el estallido del vino, la risa del pan con la boca llena, la gloria del sol: pan es mediodía, vino es verano, mesa es ágape, amistad. De pronto, no estamos solos sino intertextuales; afinidad, en lo finito, entre cuerpo y momento, poema y compañía. La dicha del acompañado, la risa nutricia de los amigos en verano: *a moveable feast*. Escribo, estoy de fiesta. Sale un poema, fuimos muchos. La mesa está puesta, no hay otro hecho, otra necesidad: reímos; y el tiempo no existe. Masticamos y nada muere. Abro la boca, y el pez se nutre; expectoro palabras y reímos. El verso crece, se extiende, porque mastico, trago, bebo, ingiero. Palabras tintas, palabras boronas, y la palabra borona que te llena la boca mientras la dejas caer, maravillado de redondez, en el poema.¹⁸

¹⁵ Reynaldo Jiménez. Contraportada de José Kozer. *El carrillón de los muertos*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1987.

¹⁶ Alfonso Castañón Contraportada de José Kozer. *Dípticos*. Madrid, Bartleby Editores, 1998.

¹⁷ Orestes Hurtado: “Prólogo” a *Dípticos*. Madrid, Bartleby Editores, 1998.

A menudo el poeta crea verdaderos ambientes denotativos (más que connotativos), donde una imagen, una realidad esencial es aludida, asediada desde múltiples denotaciones de objetos materiales. La materia kozeriana (porque de eso se trata) se nutre entonces de una aparente fragmentación porque está puesta en función de expresar una realidad trascendente o que quiere perdurar en el cuerpo poemático –tal en la poética lezamiana- para ofrecer una fijeza, una resistencia contra el caos (y ya se sabe que según el principio de la entropía, toda realidad propende al caos), contra el paso del tiempo, contra la muerte. Esa realidad esencial está como enmascarada, y es función de la poesía develarla o siquiera vislumbrarla fugazmente antes de que se precipite otra vez al río oscuro de donde fue extraída. En este sentido son frecuentes en el orbe poético kozeriano la creación, la pintura (al óleo a veces o como finas acuarelas otras) de una suerte de naturalezas muertas, suspensiones, imágenes provisionalmente estáticas de determinadas realidades, que quieren como mostrar sus instantes de eternidad. Dice el poeta:

La verdad última es estática. La poesía busca la verdad en la belleza y en lo bueno (sonido de la b: bondad, bienaventuranza). Esa suma hacia lo estático (...) es lo que me mueve y conmueve: retener (soy anal), detener, contemplar. Estar más que ser, tal vez presintiendo conjunción de ser y estar: un devenir hacia el estar, la estancia, la *sala de estar* de la vida diaria, antesala de lo ulterior, estático, uno, establecido, inmutable: inmutable y feliz, por invariable y reunido.¹⁹

¹⁸ J. Kozer en José Homero: “Soy Ulises y soy nadie....” En Ob. Cit.

¹⁹ Idem.

La textura de las cosas, a menudo bastas, espesas, pletóricas de prolongaciones sensoriales, conforman esa su estrategia de resistencia. Es lógico entonces que el mundo de las cosas, de las apariencias adquiera preeminencia dentro del ambiente de lo cotidiano: breves instantáneas de tiempo, espacios determinados, donde a veces desaparece el sujeto, o queda como testigo, o se convierte él mismo en una cosa más, en una alusiva apariencia. Ocurren entonces como relatos, anécdotas de la naturaleza, de lo material, de las cosas mismas. Acaso una de las imágenes más significativas de esa suerte de suspensión del movimiento la encarna su emblemático “ibis inalterable”, o algunos de sus poemas zen. Por eso se tiene a veces la impresión de la falta de un centro, como si las cosas quisieran poblar, llenar ese vacío. Dice el poeta: “Centro, helado: el mundo, exterior”²⁰. Mas en última instancia el poeta está cantando, alabando la plenitud del mundo, desde una alegría creadora que no puede esconder el lamento por su cuerpo perecedero: más perecedero a menudo que las cosas mismas. Las cosas “no buscan reflejarse” como las personas; las cosas detentan una existencia suficiente, sin calificativos. Pero *cosas* que no son objetos desprovistos de significado, de afectividad, ni emulsiones ciegas de un caos, de un ingobernado azar, carente de sentido, sino cosas que llenan un vacío, que dan sentido a la existencia; cosas paladeadas, sobadas con un cariño conmovedor. Ya advertía Jorge Mañach sobre ese “deseo de familiaridad con las cosas”, esa “familiaridad criolla”, calificándolo como “el rasgo más ostensible y acusado de nuestro carácter”²¹. ¿Qué será, pues, de las cosas cuando alguien no esté para cantarlas, para otorgarles sentido, trascendencia?

De ahí acaso que el poeta le confiera una misión ineludible, sagrada al acto de ofrecer su testimonio a través de su escritura incesante. Porque escribir, para el poeta, no es sólo

²⁰ José Kozer, “1983: final”.

²¹ Jorge Mañach. *Indagación del choteo*. La Habana, 1928.

dar testimonio, sino su forma esencial de relacionarse con el mundo exterior, más: su manera de darle sentido a su propia existencia. “Tengo hambre y abro un libro”²², dice en un verso. Sería conveniente transcribir, a pesar de su extensión, un juicio de uno de sus mejores críticos, Jacobo Sefamí, donde se describe muy claramente uno de los sentidos de la escritura para Kozer:

José Kozer escribe y escribe; su ansia no halla consuelo. Tal vez nunca esté satisfecho, y hacer poemas sea para él una condición de vida: algo ineludible y cotidiano. (...) En otra parte he dicho que Kozer practica la escritura como un modo de sobrevivencia; se sabe que se está vivo, porque hay testimonio de ello en el papel. (...) Kozer es un escritor sumamente organizado. Desde los años setenta, va sumando sus poemas (éditos e inéditos) en carpetas de 60 textos cada una. La primera lleva por título A, la segunda B, la tercera C, y así sucesivamente. Al llegar a la Z, Kozer siguió otra vez con la secuela de las letras, duplicándolas: AA, BB, CC, etcétera. (...) el aleph (primera letra del alfabeto hebreo) es una letra muda que contiene el nombre de Dios. Así, Kozer continúa una tradición bíblico-cabalística; como buen judío, está obsesionado con las letras y sus valores numéricos. El Sefer Yetzirah (del siglo III d.C.), revela que Dios creó el mundo con las 22 letras del alfabeto; la creación, según los cabalistas, es un acto lingüístico: basta que se mencione una palabra para que aparezca su referente (...) Por estas razones yo he instado a Kozer a que alcance el número de la creación²³

²² José Kozer, “Lugar”.

²³ Jacobo Sefamí, “Las cuentas de José Kozer”. Prólogo a José Kozer. *AAA1144*. México, D. F., Verdehalago, 1997.

Mas regresemos ahora a una de las evocaciones centrales de su poesía: Cuba, su patria de origen. Es muy significativa la forma en que se apropia el poeta de una realidad con la que no tiene contacto físico desde 1960. Ya decía al principio de este prólogo que su obra poética –una de las más difundidas y traducidas entre los poetas hispanoamericanos vivos²⁴- no ha tenido hasta la fecha la difusión que merece en Cuba. De ahí la necesidad de esta antología que pretende familiarizar al lector cubano con lo mejor de su obra poética. Para cualquier lector de su obra, más allá del peso de sus referencias a sus ancestros judíos europeos, no quedará duda alguna que el sentido que le confiere Kozer a su nacimiento en esta isla, donde transcurrió su infancia y adolescencia, y donde adquirió la lengua que eligió para expresar su poesía, es el más profundo de su vida. Cuarenta y dos años después de su salida de la isla, Kozer sigue considerándose un poeta cubano, aunque, seguramente, antes que todo, un poeta. Fidelidad a sus orígenes, y lealtad a la adquisición de una lengua que es como su segunda patria. Es acaso el ejemplo arquetípico de pertenencia a una comunidad desde la lejanía. Pero es que la lejanía la lleva el poeta en el alma, escriba o no en su país de origen. Pienso en Casal. Más allá de cualquier consideración política, Kozer no sólo ha deseado ser cubano, sino que se sabe, se siente, se reconoce cubano. Cubano de la diáspora, como ahora es común decir. Sólo que a la diáspora, emigración, exilio cubanos –fenómeno migratorio, por lo demás, tan extendido como fenómeno cultural desde el fin del siglo XX y principios del presente en todo el mundo, aunque predominantemente en el llamado Sur- el poeta añade la experiencia de sus padres, y la experiencia ancestral de la diáspora judía. Esto le ha permitido acaso asumir y expresar este fenómeno con una profundidad, no exenta de desgarramiento, y cierto distanciamiento, poco común en la poesía cubana de la diáspora, muchas veces

²⁴ Su obra ha sido antologada en más de veinte importantes antologías del ámbito hispanoamericano y norteamericano, y ha sido traducida al francés, portugués, inglés y griego, además de haber sido

demasiado apegada a sus condicionantes políticas inmediatas. En la poesía de Kozer la diáspora se expresa como una condición permanente, ontológica del ser humano, acentuada en el poeta, en el que escribe, en el que da testimonio, como un elemento creador. Y, a la vez, la diáspora, como consecuencia de la Historia, tampoco deja de otorgarle a esta última una condición tanática.

En otra ocasión me preguntaba cuál es en última instancia la patria de un poeta. Y me respondía que en cierto sentido la patria de un poeta es su lengua. Ahora bien, si a través de esa lengua el poeta enfatiza el sentido de su lugar de nacimiento, entonces se legitima algo más que un idioma heredado por un azar geográfico y familiar. Se legitima una comunidad, una manera de sentir, percibir y expresar la realidad; una cosmovisión incluso. Y este es el caso paradigmático de José Kozer. Su asunción del ser cubano se expresa en varios niveles de apropiación. En primer lugar, el poeta comienza a escribir cuando ya está fuera de la isla, y su primer testimonio poético tiene por título, significativamente, el de *Fuera de Cuba*. Quiere esto decir que su primera experiencia con la palabra se cumple para dar testimonio de la pérdida de su patria. No sólo se perdió el paraíso, no sólo se perdió la infancia, sino también la patria, la *fysis*, el reservorio de materia, de imágenes que nutrieron sus orígenes. De este triple destierro se nutre su poesía. Tampoco se puede olvidar, en otro plano, que, como aseveraba Mañach, “El destierro en Cuba es una categoría histórica”²⁵. Recordemos también la frase lezamiana de que “la imagen tiene que empatar o zurcir el espacio de la caída”. No es extraño pues que el poeta idealice, mitifique el tiempo y el lugar perdidos. En una ocasión llega a afirmar: “Mi Patria es la irrealidad”²⁶. Sólo como un ejemplo de sutilísima conciencia lingüística y poética se puede comprender cómo el poeta retiene

ampliamente difundida en muchas de las más prestigiosas revistas del idioma.

²⁵ Jorge Mañach. *Historia y estilo*.

en su memoria y expresa en su poesía una inmensa variedad de elementos del habla cubana, de sus modismos, de su jerga popular, como una manera también de percibir y sentir la realidad en general. No sé si se ha reparado en la afinidad que existe entre ciertas denotaciones lingüísticas de lo cubano en la poesía de Kozler con otras que aparecen en el diario de campaña *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, de José Martí. En el fondo operaba una necesidad psicológica y afectiva similar: nombrar las cosas como un modo de apropiarse de la realidad, de con-fundirse con ella²⁷. Pero, por si fuera poco, esta condición abierta, asimilativa, característica de la cultura cubana, o acaso de ese ente metafísico llamado insularidad –que más bien encarna en una perspectiva subjetiva de la sensibilidad–, y que propende a complementarla con lo que está más allá de ella misma, le han permitido apropiarse de otros muchos elementos de las distintas variantes del castellano en América: mexicanismos, peruanismos, etc., o incluso del castellano peninsular, ámbito también muy presente en el poeta. Si se le suma a esto el vocabulario de su ascendencia familiar judía-europea, el de su prolongada vivencia norteamericana, el de la cultura religiosa e histórica judías, y el de la cultura universal, señaladamente la asiática (el poeta ha hecho excelentes traducciones a partir de versiones al inglés de la poesía japonesa, por ejemplo, y no es un secreto el peso silencioso pero profundo que tiene la poesía y la cultura china y japonesa en la poesía cubana desde el modernismo hasta nuestros días), el resultado es un insólito *ajíaco*, como diría Fernando Ortiz, muy singular, pero no por ello menos cubano, sobre todo si lo consideramos como un adelantado de esa cultura cubana transterrada o de la diáspora característica de la contemporaneidad. Acaso no por casualidad el poeta desea “recuperar, dice, una serena tradición que se reúna con una alegre, diversa, reidora y rompedora modernidad”, típica tradición de la cultura cubana siempre abierta a la asimilación de la cultura universal.

²⁶ José Kozler, “Centro de gravedad”.

²⁷ Véase: “Bonancible”, conmovedora poética de *lo cubano*.

Pero, en la misma entrevista citada, cuando se le pregunta “¿De qué modo repercutió tu interés por la poesía oriental y el zen en tu poesía?” y cómo “Ese misticismo no se contradice con tu ascendencia judía”, para nuestra sorpresa el poeta responde:

Agarra el Viejo Testamento, cuán terrible es el Dios de Israel (el padre). ¿Y qué pasa con la madre, suave e intercesora? Esa es Cuba, fuego que se escinde y tranquiliza, se vuelve ascua, rescoldo, calorcillo de atardecer tropical. Mas Cuba se me fue, a los veinte años: me expulsó. El expulsado la empezó a buscar y recuperar en todas las formas posibles y suaves que la madre representa: paliativo del Dios duro, Jehová justo (implacable; el Inaplazable).²⁸

Entonces Cuba es la madre, Cuba es la mediadora. ¿Y qué es la poesía sino una esencia mediadora entre el poeta y la realidad, a veces también única sustentadora posible frente a las intolerables ráfagas de irrealidad que nos acosan? Pero esa madre “suave e intercesora” tiene que operar en el poeta desde su radical lejanía. Por eso, esa su mitificación conmovedora es una presencia recurrente en su poesía. Otra característica de la presencia de referentes cubanos en su poesía es su falta de solemnidad, su presencia a veces casi lúdrica, familiar, cariñosa. Lo que no lo exime de preguntas de más hondura espiritual y poética: “¿Y qué va a ser de la Patria de mi materia?”²⁹. O de cierta veta trágica. Es que ya se sabe que el cubano esconde muchas veces su desgarramiento a través de la idealización, o de la alusión a lo intrascendente, o de la simple pero alusiva evocación sensorial.

²⁸ José Kozler, en José Homero. “Soy Ulises y soy nadie...”. En *Ob. Cit.*

²⁹ José Kozler, “Centro de gravedad”.

Aida L Heredia, en su libro *La poesía de José Kozer. De la recta a las cajas chinas*, desarrolla como su tesis central el concepto de la “cotidianidad trascendente”, muy oportuno para comprender la poética kozeriana, y lo vincula, además, a su relación con el budismo zen, sobre todo por su integración a la naturaleza. Lo que no queda muy claro en el libro es su compleja pertenencia a la poesía cubana. La crítica utiliza el término de “desterritorialización”, este sí muy sugerente para la intelección de su poesía. Otro crítico, Gustavo Pérez Firmat, no se decide por un juicio concluyente al respecto.³⁰ El equívoco parece provenir de tratar de vincular a un poeta a una determinada tradición poética nacional para probar así su pertenencia a una comunidad nacional. Con independencia de que Cuba es una presencia constante en su poesía, su pertenencia a una literatura, a una cultura, no excluye su relación con otras. Por otro lado, no son las comunidades solamente las que vinculan a un poeta a una literatura nacional, sino que a menudo es precisamente la singularidad, la extrañeza, lo que le confiere un lugar privilegiado dentro de dicha tradición. El propio poeta ha contribuido en parte a la confusión aludida, cuando expresa:

Si mi poesía entra dentro del ámbito de la poesía cubana, y, por supuesto, dentro del ámbito de la poesía, que es lo que todo poeta preferiría, rompiendo barreras nacionales y efímeras, es cosa que no sabré: ni es cosa que me corresponda saber o decir. / Ahora bien, creo que respecto a la trayectoria cubana hay algo en mi trabajo que no encaja del todo con lo cubano. Ese algo, supongo, tiene que ver con mis numerosos exilios: el de la personalidad, el de ser un cubano (primera y

³⁰ Dice Gustavo Pérez Firmat: “La poesía de Kozer, en la cual confluyen su herencia hebrea, su nacimiento y crianza en Cuba y su larga estancia en Nueva York, se escribe desde un no-lugar. Creada al margen, en una especie de *no-man's language*, se resiste a encasillamientos fáciles y filiaciones ortodoxas. Podría decirse que no conoce más tradición que la propia, la que se ha ido forjando en poemas y poemarios sucesivos... Se trata de un poeta ‘cubano’ de difícil ubicación dentro de la poesía cubana, tanto la escrita en la Isla como la producida en el exterior”. Citado por Aida L. Heredia en su *Ob. Cit.*, p. 23.

última generación) de padres judíos, el de ser un judío de origen ashkenazi en la ciudad de La Habana... esos exilios que implican desde el comienzo una voz doble, una voz en el árido terreno de la zarza ardiente y en el tropical terreno de la humedad... voz donde se reúnen a perpetuidad, la ancestral voz de mis antepasados y la actual y ancestral voz de mi patria de nacimiento... Y luego el desarraigo... Todo eso se junta para hacer de mi trabajo algo aparentemente menos cubano y que tal vez tenga mucho que ver con el cubano actual... que es una especie de cubano judío, de mulato judío, de híbrido múltiple y desarraigado, que deambula y *derelecta* por toda la tierra, conociendo finalmente la diáspora, madre nutritiva y verdadera de toda creación.³¹

Pero como escribe Orestes Hurtado: “Kozzer regala sus mitos. O sea, una irrealidad verdadera”³². Por lo demás, tampoco necesitaba la poesía de José Kozzer su énfasis explícito en lo cubano para ostentar cubanía y mucho menos relevancia o calidad poéticas. En última instancia un poeta se mide por su singularidad (que proviene de la extrañeza desde donde nos habla y de la extrañeza que es capaz de despertar en nosotros); por su manera peculiar (irrepetible) de decir su palabra, de escucharse su voz; por su imaginación y poder cognitivos –ya intelectuales, ya afectivos, ya sensoriales-, dables de activar los nuestros; por su forma de crear un universo lingüístico suficiente; simultáneamente, en algunos casos mayores, por su capacidad para conmovernos; y, sobre todo, por ese su como natural develamiento de lo desconocido, a la vez que preserva su misterio. Todos estos dones pueblan la poesía de José Kozzer, quien desde ya debe considerarse como una de las voces más auténticas de la poesía cubana en cualquier tiempo.

³¹ Citado por Aida L. Heredia en su *Ob. Cit.*, p. 24-25.

³² Orestes Hurtado. “Prólogo” a *Dípticos*. Ed. Cit.

Jorge Luis Arcos

23 de julio, 2001